

EL PEQUEÑO DIOS

3º- 5º

«*El buen Dios va por el bosque!*» – así canta una vieja canción, pero una vieja experiencia muestra que en el bosque no se encuentra con cualquiera. Los corzos y las ranas quizás lo ven, pero no le temen – él anda sin escopeta. **Lenz el resinero**, nacido en el bosque y recorriéndolo desde hace cuarenta años, cree que aún no se ha encontrado ni una sola vez con el buen caminante celestial del bosque, aunque sí con muchos ante los cuales ha exclamado maldiciendo:

«*Ah, que el diablo se los lleve!*». ¡Y sin embargo! También Lenz lo ha experimentado:
«*El buen Dios va por el bosque*».

Su casa – la del resinero – está en el bosque; todo alrededor se eleva hacia el cielo en arbustos silvestres y altos troncos, y en las copas de los árboles resuena la alegría – solo la casa se arrastra sobre la arena, y sus habitaciones son oscuras.

Hasta los treinta años, Lenz había sido un pobre muchacho resinero; luego tomó una esposa y desde entonces se le llamó “*el pobre resinero casado*”. Así de grande era la diferencia.

A su padre no le fue mucho mejor. Él fue guardabosques, pero de tan alabado bosque solo lo más amargo era suyo: la resina. Sin embargo, se podía vivir de ello; los resineros, nótese bien los solteros, silban alegres cancióncillas mientras raspan los árboles, y los fabricantes de trementina a veces no pagaban tan mal. El oficio alimenta a su hombre – pero solo al hombre, no tan bien a la mujer y los niños.

«*En vuestra cabaña del bosque debería haber celibato*», dijo una vez **un cazador forastero** a Lenz el resinero.

«*¿Y qué cosa es esa?*», preguntó Lenz. «*¿Es algo para comer o para ponerse?*».

Cuando el forastero se explicó mejor, Lenz casi se encolerizó. Toda su fe, su amor y su esperanza se centran en la esposa y los hijos. Él mismo es casi un mendigo. Cuando en el bosque se pone una ramita verde en el sombrero – es propiedad ajena. La choza en la que vive está sobre el terreno del **señor Gallheim** y está construida con la madera del señor Gallheim. Solo la esposa y los hijos son suyos. Gallheim es un ágil cazador y vividor alegre, y una pequeña broma con la rolliza y honrada resinera – ¿por qué no? Lenz es de otra opinión; le dijo algo grosero al terrateniente por ello. Pero ser grosero no es cosa de un pobre diablo; éste siempre tiene que morder raíz de regaliz cuando habla con el “*señorito Gallheim*”.

Bueno, Lenz ha hecho simplemente lo que ha hecho – *como yo también haría, en su lugar* – y así un día le llegó a su casa una gran carta. Lenz no sabe leer, pero su mujer aprendió el funesto arte; él desdobra con esfuerzo la fina hoja; ¡el papel se pega a sus dedos embadurnados de resina!

«*Vieja, anda, lee lo qué dice ahí*». Ahí decía lo siguiente:

"A Lenz Hackbretter en Kesselwald. Se le notifica a éste que, por razones de ordenación forestal, a partir de ahora ya no se permite el raspado de resina. Los infractores incurrirán en el rigor de la ley".

Firmado: El guardabosques mayor por orden del Sr. de Gallheim, propietario de la finca.

Así lo había leído la joven esposa.

"¿Cómo?", dijo Lenz, "¿y nada más? ¿Tanto papel por tan pocas palabras?"

Metió las manos en los bolsillos, se fue al bosque y refunfuñó. *"¡Ya no está permitido! ¡Por razones de ordenación forestal, o como se llame esa cosa! Bueno, la cosa tiene que tener un nombre. Siempre he tenido cuidado con el tronco; este hermoso bosque, tal como está hoy, ha crecido bajo el raspado de resina. Y ahora de repente es una ruina. ¡Caramba, qué voy a hacer ahora!".*

No ha aprendido nada. Cavar raíces y hierbas es todavía lo único; pero cuando por la tarde vuelve a casa de sus andanzas, a menudo está terco y de mal humor, y con mal genio aparta a su hija, la pequeña **Magdalene**, cuando ésta se le acerca y con infantilidad pregunta qué hace el corzo allá afuera en el bosque.

¿El corzo allá afuera en el bosque? Eso lleva a Lenz a nuevos pensamientos. Y un día saca la vieja escopeta del moderno armario, sale furtivamente con ella, se pone en posición y he aquí que, despreocupado, se acerca un magnífico ciervo con una alta cornamenta. El hombre lleva el rifle a la mejilla – entonces ve grabado en la culata el corazón del que brota una cruz. Esa es la querida, íntima, vieja señal que a su padre tanto le gustaba grabar en el mango y astil de sus utensilios.

Una cruz – el padre fue pobre; un corazón – él permaneció fiel. El arma se le escapa de las manos al hombre, y el ciervo corre ágil por el prado.

Un corazón y una cruz. Él tiene esposa e hijos y los alimentará con hierbas y desenterrando raíces, en nombre de Dios.

¿Qué sucedió? Los pastores se juntaron y denunciaron al cavador de raíces, porque arruinaba el suelo de pasto. Así que también se le prohibió esto, y andaba perdido por los bosques sin saber qué hacer.

Preguntaréis, ¿si no se le habría aparecido **el buen Dios** con un buen pensamiento? ¡De qué sirven los buenos pensamientos a quien no puede llevarlos a cabo! Sin embargo, a veces se le acercaba otro espíritu, que susurraba:

«Lenz, eres un hombre, tienes derecho a este mundo; tienes el deber de la subsistencia para con los tuyos, pero no para con Gallheim, no para con las ricas granjas de allá afuera, no para con el caminante que debe pasar por el bosque».

«¡Fueral!», gritaba el hombre en tales momentos y golpeaba el aire con el puño, «quiero seguir siendo un hombre honrado. ¡Caramba, quiero ver si no lo logro!».

Era un fumador. Por todo su esfuerzo y trabajo, la recompensa personal era siempre una pipa. Mientras ya no podía comprar tabaco, maceraba hojas de haya en resina y finalmente se sorprendía de cuánto dinero gastaba el trabajador en algo que él mismo puede preparar.

Magdalena prosperaba. Ya tenía siete años, era diligente y buena, y cuando se acercaba la Navidad, esperaba un regalo del Niño Jesús. Padre y madre sonrieron amargamente. ¡El Niño Jesús no viene todos los años a los niños buenos!

Lenz había conseguido ese día allá fuera, en la posada de Klaus, un panecillo y unas cuantas manzanas para salvar el honor del santo Cristo. Pero también debe haber **un arbolito de pino**, y lucecitas en él. Así había sido siempre antes, y así se esperaba.

Lenz tampoco está en casa ese mismo día. Deambula por el bosque. El suelo está duro y congelado, el musgo crujе bajo los pies, las ramas, cargadas por las agujas de hielo de la helada de niebla, cuelgan muy bajas. Lenz camina entre los árboles. Ante muchas copas de jóvenes pinos se detiene.

«*Sería el adecuado*», murmura, «*pero – ¿puedo hacerlo? – Ciertamente no debería, pero hoy me envía el Niño Jesús, que ha hecho crecer este bosque. Mi difunto padre plantó y cuidó muchos miles de árboles – así que no puede estar tan mal si me llevo un tronco de ellos para mi niñita*».

Con prisa busca su navaja, un corte enérgico, y una tierna corona de pino está quebrada. En ese momento retumba una maldición. Dos hombres con escopetas de caza se plantan ante Lenz: Gallheim y su guardabosques.

«*¡Por fin te tenemos, maldito violador del bosque!*», gritó el guardabosques. «*Hace mucho tiempo que en nuestros bosques se quiebran los árboles por una mano maliciosa. ¿Este canalla lo hace?*».

«*Eh, eh*», refunfuñó Lenz, «*no es necesario que me gruñan así! ¡No soy ningún canalla, señores!*».

«*¿Y qué eres, entonces?*», dijo Gallheim.

«*Con mala intención no he rogado una ramita de su tronco en toda mi vida*».

«*¿Ah, sí? ¿Y esta copa, que no da ni para un mango de pala ni para un trozo de leña?*».

«*Señor, tenga a bien escuchar – para la niña, un arbolito de Navidad*».

«*La excusa no está mal*», se rió Gallheim, «*pero a un ladrón y violador del bosque no se le deja escapar. Guardabosques, deténganme a este holgazán; la celda segura le vendrá bien durante las fiestas*».

Lenz pisoteó el suelo de musgo.

«*Mira, tú, gran señor severo*», dijo rechinando los dientes, «*el musgo tampoco es mío, y sin embargo lo pisotear. ¡Demándame! El aire tampoco es mío, y el que exhalo, quizás tú tienes que inhalarlo de nuevo – señorito, pobre bribón*».

Con eso no mejoró las cosas, pero en él hervían la terquedad y la furia. Por un lado veía que era un ladrón; por otro lado sentía que se le hacía una injusticia. Con sombría mirada clavó sus ojos en el suelo, se dejó esposar y llevarse.

Y el arbolito de pino quedó tendido sobre el suelo cubierto de escarcha, y en lugar de las velitas navideñas, destellaban granos de hielo en las ramas.

Entonces sucedió algo aquel día que parecía como si el Niño Jesús hubiera querido interceder por el pobre hombre del bosque; el buen Niño Jesús, que quizás trae regalos brillantes a los ricos, pero en secreto prefiere estar con los pobres.

En la celda hacía ya mucho tiempo que las arañas habían levantado sus telares. En esta Nochebuena ahora fueron perturbadas un poco por Lenz el resinero. Lenz se mesaba la barba de dolor y rabia. Pensaba en su desprotegido hogar, en el que hoy sus seres queridos lo esperarían en vano: la esposa con miedo y angustia; la niña sollozando hasta quedarse dormida – esa es su Navidad. Y él, Lenz, que se ha esforzado toda la vida por seguir siendo un hombre honesto, está sentado en la cárcel, donde antes de él estuvo el ladrón, donde después de él estará el vagabundo. ¡Esa es su Navidad!

Irritado por el violador del bosque y satisfecho al mismo tiempo de haberlo atrapado, Gallheim regresa a su casa señorial. Allí había confusión y lamento.

«*¡Es una mala Navidad!*». Así suspiraban también los que buscaban entre sí.

«*Tendremos un triste día de Navidad mañana!*».

Y hacían sonar los cuernos y escuchaban; disparaban tiros y aguzaban el oído en vano esperando una señal de respuesta. Ciento, oían gritos, pero eran los de los otros buscadores. Nadie tenía una pista, nadie sabía qué hacer.

Al final comenzó una violenta ventisca; la tormenta sacudía los troncos y ahogaba el sonido de los cuernos. Los copos de nieve danzaban como pequeñas estrellas rojas alrededor de las antorchas, pero la única antorcha que podría haber indicado el camino al niño había sido pisoteada por Gallheim. O tal vez había servido de lecho para **el hijo de Gallheim**, que estaba en un precipicio cubierto de nieve, bajo un saliente de roca, con los pies destrozados por la caída del caballo, temblando de frío, sollozando y gritando en vano.

«*¡Es una mala Navidad!*». Así suspiró también la mujer de Lenz en la casa del bosque. Iba de una ventana a otra, corría a la puerta con cada ruido – pero él no llegaba.

«*Papá llegará tarde para ver al Niño Jesús*», opinó la pequeña Magdalene.

«*Sabe Dios*», respondió la madre medio para sí, «*tarde para el Niño Jesús no llegará. Pero nunca se había ausentado tanto tiempo. He tenido miedo todo el día. Vete a la cama, Magdalene*».

En ese momento llamaron a la ventana.

«*¡Gracias a Dios! ¡Gracias a Dios!*».

Pero no era él. Un leñador rezagado pasaba, que gritó a través del cristal:

«¡Eh, comadre, ¿qué ha hecho?».

«¿Quién?».

«¡Él!».

«No sé a qué se refiere», dijo la mujer.

«¿La comadre no lo sabría? Bueno, entonces yo tampoco digo nada. Lo mejor será que la comadre me deje entrar hoy en su calentita habitación».

«No dejo entrar a nadie. ¡Hombre! ¡Lenz!», gritó ella hacia el rincón de la estufa.

«Que no se burle la comadre», se rio el leñador afuera, «Lenz no está en casa hoy – eso lo sé muy bien – y tampoco volverá».

Ella se abalanzó hacia la ventana:

«¿Saben algo? ¿Dónde está entonces?».

«Me lo encontré», relató el leñador, «llevaba el sombrero tapándole la cara, pero aun así lo reconocí. Tenía las manos atadas».

La mujer dio un grito. El leñador siguió su camino.

Y así, en lugar del Niño Jesús, entró el lamento en la casa del bosque. Quizás sólo como presagio.

«¡Vete a dormir ahora!», dijo la madre.

Magdalene la miró sorprendida. ¿Acaso no era Nochebuena? La mujer contuvo su llanto, lo único que podía hacer por su hija. Una y otra vez soplaba las brasas del fogón, y no querían prender; cada vez que la astilla se apagaba, a la niña le parecía oír un sollozo en alguna parte. Luego preguntaba otra vez por el padre.

«¡Cállate!», respondió finalmente la mujer con mal humor; pronto añadió con más suavidad: «El padre está buscando al Niño Jesús y se ha perdido un poco en el bosque».

«Ya lo encontrará», opinó Magdalene, «el Diosito va por el bosque, el Niño Jesús seguro que lleva un vestidito dorado. Eso sí que brilla».

«Claro», dijo la madre.

Más y más avanzaba la noche. Afuera rugía el viento, y las esquinas de las ventanas estaban repletas de nieve fresca. En el vasto campo hay esplendor y alegría en esta noche santa...

La mujer del resinero encendió una vela roja. La vela ya había iluminado varias veces – era un resplandor tenue. Cuando el padre de Lenz murió, había ardido; cuando en una noche de tormenta violenta la avalancha bajó del monte Scholl y las grandes aguas azotaron esta casa, había ardido. La vela roja debía arder cuando algún día, después de esta vida, Lenz y su mujer tuvieran que cerrar los ojos en la casa del bosque. Era la vela de los moribundos. Y ahora, que el habitante más antiguo de la casa, la honrada reputación, había muerto, ahora ardía de nuevo.**

La mujer se arrodilló ante la luz y rezó al Niño Jesús.

No rezó con pasión desenfrenada como la señora distinguida, rezó con resignación:

«Yo pongo, santo Niño, mi preocupación en tus manos. No puede haber hecho nada malo; es mi petición diaria, que su ángel de la guarda no lo abandone. ¡Pero con las manos atadas! ¿Habría cazado furtivamente entonces, para honrarte a ti, santo Cristo, y traer a casa una vez un pedacito de carne? Pobreza y preocupación, oh Dios, ¡con qué gusto se soportan, sólo no la deshonra y la vergüenza!».

«Ahora están ahí fuera», susurró Magdalene de repente. Y en verdad, no era el golpeteo del viento – era un llamar a la puerta.

Inmediatamente la mujer cogió la vela y corrió a abrir. Un niño extraño estaba ante ella. Un niño extraño; llevaba un vestido luminoso. Sus largos rizos estaban llenos de hielo, sus ojos llenos de agua. Tiritaba de frío y pedía refugio.

«¿No hay nadie contigo?», exclamó la mujer. «¿Estás solo? ¡Ven, ven!». Y le quitó la nieve de la ropa con la mano, pero el pecho seguía brillando.

«Querido Niño Jesús», musitó la niña llena de devoción, «siéntate junto a la estufa y caliéntate».

Y una y otra vez la mujer preguntaba de dónde venía, quién era.

«Yo soy Theobald Gallheim», respondió finalmente el niño. «Salí a cabalgar; entonces volaron unas perdices, el caballo se asustó y me tiró. He andado y andado hasta que se hizo de noche. Luego llegó el viento y la nieve, y yo no tenía nada más oído ni visto y caí. Aun así seguí andando mucho, mucho tiempo, y entonces vi la luz. ¡Dejadme quedarme en vuestra casa, y no me hagáis nada malo! ¡Mi padre ya vendrá!»

La fiebre lo sacudía mientras hablaba. A la mujer le costó sacarle los zapatos de los pies; estaban casi congelados. El niño gemía de dolor; la resinera le puso hierbas frías de la despensa en las manos y pies entumecidos por el frío, luego trajo leche caliente y ella misma llevó la cuchara a su boca.

Magdalene se había vuelto un poco confiada. Y sin embargo, tímidamente, se arrimó al niño curioseando a su alrededor, miró sus finos rizos y sus mejillas pálidas y su brillante pecho y sus ojos.

«Pobre Niño Jesús, ¡es realmente cierto que tienes que sufrir tanto frío!»

La mujer tomó las almohadas de las tres camas que había en la habitación y con ellas le preparó al pequeño huésped su lecho en el banco de la estufa. Theobald se acostó, y enseguida se le cerraron los ojos.

El corazón de la mujer angustiada se sintió más aliviado. Para ella, este niño que había llegado a ella indefenso en la Nochebuena, era un buen presagio. A Magdale, que no quería dormirse en absoluto, la distrajo con viejos villancicos.

«¡Ay, cómo tiembla el divino Niño!
¡Cómo entra y sale el viento sin tino!
¡En heno y paja yace tranquilo,
ay, si tan sólo tuviera un cobijo
que dentro en el pueblo está!
¡Qué feliz sería entonces allá.
Cogería a la madre con el niño,
y a mi casa los llevaría ahora mismo!»

Al cantar, la cantante se interrumpía y escuchaba la respiración del durmiente; y Magdalene se sentaba a su lado y juntaba sus pequeñas manos...

¡Un estridente sonido de cuerno en el bosque afuera! A la mujer se le atascó la canción en la garganta. Afuera, pasos pesados, la puerta se abre, entran hombres cubiertos de nieve, entre ellos una hermosa mujer.

La resinera lanzó una mirada recelosa a los recién llegados que hacían ruido, se puso el dedo en la boca y señaló al niño dormido. Apenas la mujer que entraba lo vio, se abalanzó hacia el durmiente con un grito de alegría. El niño se incorporó sobresaltado y miró a su alrededor. Y se vio a sí mismo y a su madre en esa choza.

Inmediatamente se hizo sonar la señal en la cercana colina del campo: *¡Encontrado! ¡Encontrado!*

Entonces llegó también el señor Gallheim. Todos se reunieron aquí, y nunca la casita del bosque había visto tantos y tan alegres huéspedes como en esa noche.

Al hombre rico casi se le rompió el corazón. Allí veía a su hijo tan amorosamente cuidado por la familia de aquel a quien él hoy. Envío al jinete más rápido a la casa señorial para abrir la puerta de hierro.

Todavía estaban todos juntos cuando Lenz llegó en un elegante carro, tirado por dos caballos negros. En ese momento ya despuntaba la mañana.

«¡Perdonadme! ¡Perdonadme a los tres! Intentaré repararlo», exclamó Gallheim.
«El raspado de resina, Lenz, os hace mal a vos y a los árboles tampoco les hace bien.
Pero el puesto de guardabosques quedará libre, y para árboles de Navidad para vuestra descendencia, desde hoy tenéis treinta yugadas de terreno forestal como vuestras».
¡Pues claro, Magdalene! ¡Así que el buen Diosito todavía pasará a menudo por el bosque!

Aportación de La Comunidad de Cristianos